José de la Colina

La versión de Sancho Panza del Episodio de los Duques tal como él lo vivió y

no precisamente como en el *Quijote* lo refiere Miguel de Cervantes

(quien, la verdad sea dicha, no estaba allí para contarlo y mucho menos para vivirlo)\*[[1]](#footnote-1)

A la buena de Dios, que todos somos hijos suyos, aunque algunos seamos más feos y tontos y pobres que otros, pues a todos nos despierta el mismo sol y nos duerme la misma luna, y tan de vulgares carne y hueso y un pedazo de pescuezo resulta a final de cuentas ser un príncipe de los de alto plumero y espada al cinto como un labrador de culera de cuero, manos callosas y aliento a ajo, con lo cual quiere uno decir lo iguales que todos somos, si bien algunos lo sean más que otros, y aquí paremos el averiguajo, que el asunto va para otra cosa,

y es que los señores Sansón Carrasco, Carlos Miranda y José de la Colina, caballeros muy letrados y de mi mejor consideración, han pedido a tan rústico y humilde labriego como es quien aquí habla, este iletrado manchego cuyo nombre de buen cristiano es meramente el de Sancho Panza (sin más señorío que haber venido al mundo nacido de vientre de madre y de simiente de padre, ambos dos sin títulos de nobleza ni alta ni baja), han pedido, como estaba yo diciendo sobre los tres señores de quienes ya les hablé, les cuente *qué* fue en realidad lo que yo, a duro lomo de rudo asno y pasando hambres, palizas y manteadas, además de (con perdón sea dicho) cagaleras y vomitajos, y gozando de muy pocos momentos de llenar la pandorga y practicar el jolgorio, conviví con don Alonso, señor de todas las aventuras, de todas las desdichas y de muy pocos dineros (el cual aún ahora, cuando ya está en huesos bajo tierra, sigue debiéndome las pagas), y quiérese con esto decir cuánto pasé siendo escudero del mismísimo caballero, el cual, según él decía, deseaba pasmar de admiración a los siglos, y por eso mesmo aquel otro caballero don Miguel de Cervantes Saavedra lo biografió llamándolo, nada menos, el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, pero yo siempre me he sospechado que no era más que el buen y pobre hidalgo don Alonso Quijano, o Quijada, o Quesada (vaya usted a saber), en fin, era un pobre hidalgo muy conocido en su casa a la hora de los duelos y quebrantos y hasta un poco conocido en los alrededores, acá en La Mancha,

y como los señores ya mencionados han mostrado particular interés en uno de los episodios relatados en la segunda parte del libro del señor Cervantes, mesmamente los respectivos a nuestro encuentro y estadía con los señores Duques, aquí, pues, me pongo gustoso a contarlo, aclarando que lo referiré tal como lo viví yo aun si no coincide en detalle con lo referido por ese señor escritor, pues “de una biografía nadie se fía”, según me ha dicho el sabio señor bachiller Carrasco, quien, por ser él letrado, y yo no, está poniendo en papeles y con pluma y tinta lo que de mí escucha,

y bueno, para no enredarme más en ringorrangos eruditos, es de saberse que en aquella ocasión, cuando íbamos en efecto yendo cabalgando en nuestros animales por un camino cualquiera de los surtidos por el azar, nos entramos por una arboleda, y en dicho lugar, que ya el señor bachiller me hará el favor de adornar con frondas y amenizar con cantos de pajarillos y de algún limpio arroyuelo, nos hallamos a los señores D­uque y Duquesa, todavía en la última mocedad los dos y de pies a cabeza de verde totalmente vestidos, tal vez porque estaban cazando ciervos (o quizá siervos, yo no sé, porque de aquellos no vi yo ninguno), y que tan pronto como nos vieron se maravillaron de vernos, porque en seguida supieron éramos el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha (o séase el bueno de don Alonso Quijano o Quijada o Quesada) y su leal escudero (o séase el nada más Sancho Panza, o séase yo mesmo), de quienes ya ellos sabían por el susodicho libro del susodicho Cervantes, y con muy buenas y finas maneras nos saludaron, nos dijeron estar muy honrados de tan inesperada visita (aunque nosotros no estábamos visitándolos, que, la verdad, hasta entonces ni señas sabíamos de ellos pues habíamos caído allí por casualidad), y nos invitaron a pasar unos días en su castillo que cerca de allí, como quien dice a la vuelta de la esquina, mejor dicho poco más allá de la arboleda, elevaba al cielo sus ebúrneas (así dijeron) torres, y don Alonso, más quijotesca y floridamente que nunca, dio las debidas gracias por adelantado, y después de no sé cuántas reverencias y floripondios de palabras que estuvieron cambiando entre él y los Duques mientras a mí ninguna gracia me hacían, pues las tripas me rugían de hambre, por fin nos encaminamos todos hacia el mentado castillo, el cual en efecto lo era, y de grandes dimensiones por cierto, y hete aquí que nos aposentaron en unos cuartos que, bueno, qué digo cuartos, más bien parecían salones como de baile de gigantes y gigantas, sólo que sí tenían unas grandes y emperifolladas camas por ellos llamadas mullidos lechos, y después de cenar una larga y muy rica cena que no sé si don Alonso calificó de opípara o de ovípara (sería lo primero, dice el señor bachiller) nos fuimos a dormir a los tales dizque cuartos en cuyos mullidos (ah, cómo me agrada eso de mullidos) lechos dormimos como querubines a pierna suelta (si se tratase de querubines con piernas, claro),

y así comenzó lo que fue una temporadilla de fiestas y agasajos, la etapa realmente más dichosa de mis andanzas con el señor don Alonso, porque cada día y cada noche eran guateques, festejos festejando el festejo del día anterior, y los señores Duques, sin que por ello se les cayesen los anillos, pues eran gente tan sencilla y amable como la que más, gente como muy rara vez habíamos hallado en nuestros caminos, se portaban muy gentiles y magníficos con todos, y de este modo iban y venían banquetes y bailes y juegos, y la pasábamos de lo mejor y como nunca ninguno de los dos la volvería a pasar en este mundo,

y en fin, para no hacerles el cuento largo la pasábamos bomba, como creo se dice en Madrid, esto es almorzando y comiendo y cenando a lo Pantagruel y lo Gargantúa, y vengan más músicas acordadas que los músicos tañían, y chorros de vino y tajadas de pavo y lechón y ternera y a los postres pasteles y merengues y sorbetes, y en después bailes con las doncellas y las mozas criadas de los Duques y les decía yo piropos que les encendían los cachetes, y y y…

y

ocasión cuyo recuerdo me durará toda la vida fue cuando una noche, después de cenar suculentos ciervos (no siervos) asados y rociados con un rojísimo y amistosísimo vino, los señores Duques nos hicieron un honor y un regalo muy especial a mi señor don Alonso y a mí, que fue que, en compañía de todos los que habitaban el castillo, nos llevaron a un enorme patio y nos invitaron a montar respectivamente en un caballo y un asno hechos de movibles piezas de madera, con alas de madera también, y apenas hubimos montado en nuestras respectivas cabalgaduras comenzaron éstas a sacudir las alas, y, créanlo ustedes o no, se alzaron en el aire y nos llevaron en vuelo por encima del castillo y de los bosques, y del campo todo, y por encima de toda La Mancha, y nos elevamos tanto, don Alonso por delante y yo y mi asno como quien dice pegados a la cola de su caballo, que, mientras allá cada vez más abajo nos echaban vivas los Duques y toda su gente, fuimos atravesando cielos y así llegándonos a donde están los astros y las estrellas y nos rozó los cabellos un cometa que pasó con su maravillosa cola, de modo que hasta yo me di cuenta de que aquello no era ya La Mancha, y se escuchaba una música de esa que dicen de las Esferas, y, conste, esto que cuento, y estoy dispuesto a firmarlo con mi auténtica cruz, no ocurrió yendo nosotros con los ojos vendados, eso lo habrá inventado el tal Cervantes, si es que no lo pergeñó el tal Avellaneda, nada de eso, señores, sino que íbamos con los ojos bien abiertos y sin parpadear, porque no era asunto de perderse ni con un solo parpadeo ninguna de aquellas maravillas que veíamos, cosas de ángeles miradas por estos mis ojos que se ha de comer la tierra, y ahora, cuando en las noches descanso sobre mi cama de paja, al lado de mi mujer Teresa que me arrulla roncando como una bendita, me imagino que el no mullido lecho se eleva y flota y sale por el ventanuco y viaja hacia los cielos maravillosos como en aquella maravillosa vez, oh astros y estrellas y cometas de dorada y coqueta cola luminosa, oh,

y cuando don Alonso y yo bajamos al patio del castillo y descendimos de las cabalgaduras estábamos como envueltos en un aura cada uno, la de él dorada y la mía plateada, y nos aplaudían y nos llevaron a celebrar y a contar nuestra hazaña en una segunda cena, y todo era admiración regocijada hacia nosotros y la cosa no era de burlas amañadas por los Duques, como escribió el tal Cervantes, sino que todo era sincero y de verdad y mis ojos lo vieron y mis oídos lo oyeron, y el señor Duque alababa a don Alonso mientras la señora Duquesa, toda ruborosa ella, dedicaba al mesmo don Alonso unas miradas de admiración y de algo más que por el momento no podía yo explicarme bien de qué eran, tal vez se debían a un mero sofoco aunque todas las ventanas se hallaban abiertas de par en par y entraba una brisa muy refrescante y cariciosa,

y así fue aquello hasta entonces, guste o no guste, se crea o no se crea, que allá se las haya cada hijo de vecino con sus entendederas o desentendederas,

de modo que cuando, doblemente bien cenados y muy festejados y poseídos ya de un dulce cansancio, nos fuimos don Alonso y yo a los respectivos mullidos lechos, no podíamos dormir porque nos lo impedía una suave y tierna incomodidad que nos daba el estar todavía como envueltos en los fulgores aquellos, dorado para don Alonso y plateado para mí, y cuando por fin empezaba yo a dormitar resultó que…, en fin, no sé si lo van a creer ustedes…,

resultó que entreví (y entonces mesmo hube de despertarme) la entrada en la habitación de un resplandor muy blanco aún mayor que los nuestros, y cerré y abrí los ojos varias veces para certificar lo que veía, y aquel luminoso fasto no era sino nuestra señora la Duquesa, enteramente en pelota, bella como un ángel, pero un á­ngel con tetas, o mejor decir con teticas, pues las tenía pequeñitas y bien afiladas como dulces peritas peladas, cabalmente blancas y muy con las puntas hacia arriba, y se acercó al mullido lecho donde don Alonso ya dormitaba y creyéndolo enteramente dormido empezó a susurrar las más increíbles palabras ardientes que mujer alguna en el mundo se atrevería a decirle a un hombre aun si fuese en meros susurros, y le decía:

despertad, Don Quijote mío, oídme, abrazadme, amadme, vengo a ser vuestra, enteramente vuestra en cuerpo y alma (pero por lo pronto en cuerpo, que en alma ya veremos), haced de mí lo que queráis, elevadme a vuestros cielos, llevadme con vos, galopemos los dos entrelazados sin saber quién es el jinete, quién la cabalgadura, y sea yo vuestra, y esté yo con vos en la Historia y la Fama, mirad que en amoroso fuego estoy ardiendo, y ardo por vos, Quijote mío de mis entretelas, ay, don Quijote, ay…

y apenas susurradas tales palabras la señora Duquesa se metió entre las sábanas de aquel mullido lecho (y esto debo aclararlo, esto yo lo veía a medias, en penumbra, como por espejo oscuro, pero lo veía) y se pegó al flaco cuerpo de don Alonso, que primero lanzó un ¿pero qué diablos? de sorpresa y luego empezó a decir:

no, señora, no, os lo ruego, qué vais a pensar de mí, pensaréis que me aprovecho de la ocasión, que traiciono a mi devoción por mi señora doña Dulcinea del Toboso, de quien es mi corazón y mi afán,

y hubo una agitación debajo de las sábanas y dulces gemidos de la señora Duquesa y finalmente un gemido más largo y como cantado, y luego a ella se le oía susurrar algo así (si lo recuerdo bien) como:

callad, callad, oh don Quijote de mi vida, callad y dejadme amaros, oh, mirad, aquí en mi mano se ha posado vuestro pajarraco, vuestro pajarraquito rugoso y valiente, qué tranquilito está, qué tímido el pobrecito, tengo que darle un besito, y otro y otro y otro y otro, muá, muá, muá y muá, oh, mirad, mirad cómo despierta el picarón, miradlo alzarse como la cabeza de la serpiente dispuesta a dar el tarascazo venenoso, pero venenoso de amor en amoroso fuego todo ar­diendo, mirad cuán obediente aunque no queráis es vuestro avechucho tenso para mi amorosa lengua, para mis amantísimos labios, oh don Quijote mío, oh, abrazadme, ay, sí, así, tomadme, y que vuestra lanza de gloria entre triunfalmente en mi coñito anhelante, oh, hacedme inmortal como vos, heridme, matadme, resucitadme de total amor, mi don Quijote,

y don Alonso decía pero… pero… es que mi señora doña Dulcinea…,

y la señora Duquesa dijo:

vos y yo a lo que estamos y váyase al carajo la rústica la necia la villana Aldonza Lorenzo dizque doña Dulcinea que no sabe lo que se pierde la muy ñoña y pendeja,

y todavía don Alonso farfulló algo ininteligible y luego lo oí jadear como un fuelle soplando sobre los fuegos de un encendido hogar, y yo, solo en el mullido lecho, me sentía también en amoroso aunque no compartido fuego todo ardiendo, y debí, por mi parte, dedicarme a ordeñar mi deseo, y

y no digo más, yo, por humilde hombre de pudor y por digno escudero de caballero andante, me callo sobre lo que siguió ocurriendo allí esa noche, que ya demasiado he dicho, ay de mí, bocón que soy,

y, en fin que eso pasó esa noche, en la primera de las noches en que volvería a pasar eso mismo, de tal modo que en el día andábamos los tres, la señora Duquesa y mi señor don Alonso y yo, dulcemente fatigados y ellos dos con una sonrisa como la de los gatos a los que una noche sí y otra también han dado a beber un gran plato de dulce leche, y mi señor don Alonso estaba como remozado, más hidalgo y más ingenioso cada día de lo que ni el tal Cervantes se atrevería siquiera a soñar, y el señor Duque, si de él debo hablar, no comprendía muy bien lo que pasaba aunque de cuando en cuando le decía a la señora Duquesa: pero Florinda (creo que la señora Duquesa se llamaba Florinda), qué es lo que haces, qué es lo que comes, qué lo que bebes, que cada día estás más guapa y briosa y divertida, y ella se reía y decía no sé, no sé, esposo querido, ha de ser la primavera, oh la primavera, culpemos a la primavera, y don Alonso al oír esto se ponía rojo como un tomate, quién diría que a sus años era aún capaz de rubor…

y cuando don Alonso decidió que nos fuéramos del castillo a continuar nuestra vida de aquí para allá, los señores Duques y toda su gente, reunidos al comienzo de uno de los senderos que partían hacia el no se sabe qué, nos despidieron un largo rato dirigiéndonos adioses muy sentidos, y me pareció ver algunas lagrimillas bajar por las blancas y tersas mejillas de la sonriente señora Duquesa (creo que se llamaba Florinda) y sus pechos se inflaban en un inacabable suspiro que amenazaba con hacer reventar el corpiño,

y qué más puedo yo decir, sino que así es la vida y así es la pro­fesión esta de escudero de caballero andante, y que no volví ya nunca a pasarla tan bien como en ese feliz episodio de los Duques que se atravesó por uno de los caminos de la vida aventurera que hemos llevado el señor Alonso Quijano, o Alonso Quijada, o Alonso Quesada, o meramente don Quijote, si ustedes prefieren llamarlo así, y añadiré tan sólo que este humilde labriego, este rústico y simple destripaterrones que nada más es Sancho Panza, o sea yo mesmo, está, señores Carrasco, Miranda y De la Colina, para servir a ustedes en lo que ustedes siempre quieran y manden, y de todo corazón. *Vale*.

1. \* Ejercicio de escritura automática realizado en borrador de las 17:10 a las 19:45 horas del jueves 30 de junio de 2005. [↑](#footnote-ref-1)